

Ray Celestin

El blues del hombre  
muerto

Traducido del inglés por  
Mariano Antolín Rato

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Dead Man's Blues*

Esta obra fue publicada por primera vez en 2016 por Mantle en Reino Unido.

Primera edición: 2018

Segunda edición: 2019

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsuarez.com](http://www.elsuarez.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Ray Celestin, 2016

© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-585-3

Depósito legal: M. 12.825-2019

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*Para Mum*



PRÓLOGO  
CADENZA



El jazz ha venido para quedarse porque es una expresión de estos tiempos, de la época apasionante, enérgica, superactiva en la que estamos viviendo.

Leopold Stokowski, 1924





*Nueva Orleans, agosto de 1922*

Louis Armstrong corrió por el andén cuando se estaba poniendo en marcha el *Panama Limited*, con su maleta de cartón en una mano y el estuche de su corneta y los billetes en la otra. Agitó el último de estos ante el guarda del andén, que ni siquiera lo miró porque estaba demasiado ocupado riéndose del chico regordete, sudoroso y sobrecargado con el equipaje que trataba de alcanzar el tren, intentando sobrepasar los vagones solo para blancos y llegar a uno de los furgones dentro de los cuales podría saltar sin miedo a que le dieran una paliza.

El tren pitó y Louis redobló sus esfuerzos, esquivó un montón de maletas, pasó junto a un maletero de aspecto desconcertado, alcanzó el primer vagón en el que ponía *Gente de color*, tiró su maleta dentro, se puso los billetes en la boca, se agarró al pasamanos y saltó al tren cuando el maquinista aumentaba la potencia y el ferrocarril dejaba la estación y salía disparado bajo los ardientes cielos sureños.

Se desplomó bruscamente en el suelo y se quedó un momento allí, tratando de recuperar la respiración, con los pulmones ardiéndole debido al escaso ejercicio y demasiados cigarrillos. Rebuscó en los bolsillos, encontró un pañuelo, se secó el sudor de la cara, tratando de resultar más presentable, y se dirigió a su compartimento.

Cuando dio con él, vio que era estrecho y estaba cerrado y ocupado por una mujer enorme y una camada de niños, todos ellos sentados en las dos planchas de madera que hacían las veces de asientos. Louis sonrió a la mujer, ella gritó a los niños para que le hicieran sitio y él empujó su maleta, dejándola en la red de lino que estaba encima de los asientos.

–¿Cómo te llamas, chico? –preguntó la mujer cuando Louis se había apretujado en una esquina.

–Louis Armstrong, señora.

–¿Eres hijo de Mayann?

–Sí.

–Hace años que conozco a tu madre –dijo ella, con un tono que sugería que por algún motivo estaba orgullosa de ello–. ¿Adónde vas?

–A Chicago.

–Nosotros también. ¿Tienes trabajo allí?

–Sí, señora. Toco con la banda de Joe Oliver. Segundo corneta.

–¿Joe Oliver? –repitió la mujer, dando vueltas al nombre en sus recuerdos durante unos segundos para tratar de situarlo. Luego se encogió de hombros–. Bien, pues que tengas suerte. ¿Has comido?

–No, señora.

–¿Trajiste comida?

–No, señora.

Con las prisas por llegar a la estación, no había tenido tiempo de pararse en una tienda de comestibles y ahora la mujer le estaba mirando con los ojos sesgados. El tren tenía tres vagones comedor: en uno servían comida francesa *à la carte*, en otro comida de cafetería y en otro cosas para picar, pero a los negros no se les permitía entrar en ninguno. La mujer chasqueó la lengua y luego gritó al mayor de los niños que bajara la cesta; cuando el

niño la cogió de la red y la puso en el suelo en el centro del compartimento, ella quitó la tela de cuadros y reparó trozos de pollo y siluro fritos, quingombó empanado, yaniqueque y botellas de gaseosa, y Louis tuvo la sensación, a los cinco minutos de dejar Nueva Orleans, de que ya había encontrado una familia nueva.

Después de comer guardaron los restos dentro de la cesta y Louis jugó con los niños, miró por la ventanilla, charló, fumó y se quedó dormido; el día se hizo noche y en un determinado momento despertó y vio una galaxia de luces de la ciudad que pasaban junto a la ventanilla, manchas de neón destacándose en la negrura, y percibió un gran movimiento en las calles, y luego oyó el zumbido de las farolas de sodio de la estación de la calle 12 de Chicago.

Louis ayudó a apearse a la mujer y anduvieron por el andén hasta el centro de la estación. Él paseó la vista por la gente que había, y vio lo rápido que andaban, la prisa que se daban, lo bien vestidas que iban, lo aerodinámico, brillante y moderno que parecía todo. Se preguntó si solo eran sus ojos, y se dio la vuelta para mirar el tren, a toda esa gente del Sur recogiendo su equipaje, y la diferencia le saltó a la vista: la ropa gastada, vieja, las maletas estropeadas, todo cubierto por la pobreza y el polvo de las llanuras sureñas.

Comparadas con las de Chicago, las personas como Louis parecían refugiados de algún país lejano, hambriento, y en aquel instante se dio cuenta de que su idea de lugar natal iba a ser puesta a prueba en aquel nuevo ambiente, que iba a tener que luchar para no dejarse influir por el contraste. Alejarse del Sur ya había sido suficiente batalla; a algunos negros los habían linchado solo por verlos en el mostrador comprando billetes de tren para el Norte, y algunas madres echaban pimienta en los

zapatos de sus hijos al hacer el viaje creyendo erróneamente que espantarían a los perros de caza con su olor. Pero ahora Louis notaba que había otra batalla que acechaba a todas aquellas personas, una batalla para adaptarse, para que no se aprovecharan de ellas, para no perder lo que eran en el intento.

—¿Estás seguro de que tienes algún sitio al que ir? —preguntó la mujer.

—Claro que sí, señora. Joe Oliver va a mandar a alguien a recogerme —dijo Louis.

La mujer le miró fijamente, sin estar convencida, luego le saludó con la cabeza, reunió a sus chicos y le deseó buena suerte, y en el momento en que desapareció entre esa multitud cambiante, Louis lamentó haberle mentido. Miró a su alrededor, apreció la inmensidad de la estación y la ciudad al fondo, y recordó las historias de músicos de jazz que dejaban Nueva Orleans y terminaban abandonados en sitios extraños, desplumados por promotores y tipos de las compañías de discos, sin un amigo ni un centavo, mendigando en las calles para conseguir lo suficiente para comprar un billete de tren y volver a casa.

Intentó quitarse esa idea de la cabeza y buscó unos servicios para ir a refrescarse un poco, así podría continuar el trayecto sintiéndose vagamente limpio. Vio un cartel y siguió la flecha hacia unos escalones de mármol que bajaban hasta un par de puertas, con las indicaciones habituales para hombres y mujeres. Pero no veía ninguna señal que indicase si los servicios eran para gente blanca o de color, y por eso se quedó quieto allí un momento, dudando.

—Chico, pareces más perdido que un pulpo en un garaje —dijo una voz a sus espaldas. Louis se volvió y vio a un negro viejo vestido con uniforme de ordenanza para-

do detrás de él y sonriendo. Algo en la actitud y en el modo de comportarse del hombre sugería que había hecho lo mismo antes, que trabajar en la estación muchas veces suponía ayudar a los sureños recién llegados que parecían aturridos por su situación.

—¿De dónde vienes?

—De Nueva Orleans.

—¿Nueva Orleans? —repitió el hombre con una expresión de desagrado en la cara—. Yo nunca aguanté mucho en Nueva Orleans. No puedo soportar el olor a cerveza.

Louis frunció el ceño, inseguro de cómo tomarse el comentario.

—¿Adónde tienes que ir? —preguntó el hombre.

—A la parte sur.

—Todos los negritos que se bajan de esos puñeteros trenes van a la parte sur, chico. La cuestión es a qué sitio de la parte sur.

—Los Jardines Lincoln. He venido para unirme a la banda de Joe Oliver.

—¿*King* Oliver? —dijo el hombre, repentinamente animado—. ¿Eres el nuevo cornetista del que habla todo el mundo?

Louis frunció el ceño, suponiendo que debía de haber alguna confusión y preguntándose desde cuándo se llamaba *King*, Rey, a Papa Joe.

—Ven, chico. Te conseguiré un coche.

El ordenanza le condujo fuera, le metió en un taxi y dijo al conductor que le llevase directamente a los Jardines Lincoln, y Louis se sentó en el borde del asiento y contempló la ciudad que pasaba silbando. Se alejaron de la estación, bajaron por la calle State, cruzaron lo que parecía un barrio de putas y al poco tiempo Louis tuvo la sensación de que estaban en plena zona sur, en Bronzeville, el Cinturón Negro, el nuevo hogar del jazz. Eran

más de las diez de una noche laborable y las calles estaban atestadas, animadas como un sábado en Bourbon Street. El taxi pasó por delante de clubes de jazz, bares donde se tocaba blues, locales de chop-suey y salones de billar y cines y teatrillos de variedades, todos con luces de neón de todos los colores que brillaban chillonas en la oscuridad.

Pasaron por debajo de vías férreas elevadas y al lado de tranvías; y a lo lejos, hileras e hileras de rascacielos que resplandecían en la noche le daban a Louis la sensación de que la ciudad entera cabalgaba sobre una chispa brillante de electricidad, cromo y velocidad. Los negros y negras que se apresuraban por las calles con trajes y vestidos elegantes, la circulación y los trenes que pasaban zumbando y el destello de los rótulos de neón: todo era un nuevo y palpitante reino de posibilidades.

El taxi dobló a la izquierda en la calle 31 y le dejó a las afueras de los jardines. Louis alzó la vista hacia el edificio y distinguió el rótulo encima de las puertas:

«King Oliver y su banda de jazz criollo»

Y entonces oyó el sonido inconfundible de la corneta de su antiguo maestro atravesando las paredes del edificio y derramándose por la calle. Era el mismo blues arrastrado del sur, de casa, pero en cierto modo diferente. Le llevó un momento descubrir a qué se debía: la velocidad. Era mucho, muchísimo más rápido, como las personas que había visto apresurándose por las calles; tenía un tempo más frenético, vertiginoso, para adaptarse a su nuevo hogar.

—Es el nuevo chico de King —gritó el taxista sobre el ruido a uno de los porteros, señalando con un dedo en dirección a Louis. El portero era enorme, y a pesar del

calor llevaba puesto un abrigo de lana, con solapas de terciopelo y cuello de piel. Louis se bajó del taxi y el portero le echó una ojeada, y él fue consciente una vez más de su ropa y su destartalada maleta de cartón.

Pagó al conductor y, cuando el taxi se alejaba chirriando, Louis observó a los hombres que andaban arriba y abajo por la acera vendiendo con disimulo botellas de ginebra o envoltorios de marihuana, heroína o cocaína. Y en la cola delante del club vio algo que le hizo detenerse: blancos. Un grupo de desmañados jóvenes, con pinta de estudiantes, inquietos, escuchaban la música como si estuvieran escuchando a una especie de dios.

El portero miró fijamente a Louis e inclinó la cabeza unos dos centímetros hacia la entrada; Louis anduvo hasta el principio de la cola, el portero empujó la puerta para abrirla y fue entonces cuando le golpeó la música, como un tren de mercancías, ensordecedor e implacable.

Recorrieron el vestíbulo y llegaron a la pista de baile. Louis vio que estaba abarrotada de cientos de jóvenes modernos que bailaban con el sonido de la música delirante de Papa Joe, cuya corneta gruñía, se quejaba y retorció con su timbre y tono. El lugar atronaba con el jazz, giraba en una corriente de optimismo y hedonismo, enloquecido por el aquí y el ahora. Y en aquel momento una cosa destelló en la mente de Louis: a pesar de la diferencia de tempo, todas aquellas personas del Norte tan sofisticadas estaban congregadas allí para escuchar la música del Sur, la música de Nueva Orleans, *su* música. Y pensó en aquel ejército de aspecto desharrapado de refugiados que se apeaban del tren en la estación de la calle 12. Puede que fueran pobres, pero le estaban dando a la ciudad algo que esta ansiaba, algo que adoraba.

Y una sonrisa asomó a sus labios. No estaba seguro de lo que iba a seguir, un intercambio entre personas de di-

ferentes extremos del país, entre rápido y lento, negro y blanco, antiguo y moderno, una fusión de algo nuevo e importante. En Chicago estaba pasando algo, y sonrió de oreja a oreja ante la rareza de todo aquello.



PRIMERA PARTE  
PRIMER CHORUS

Hemos llegado a tal punto que es mejor que un policía dispare un par de balas a un hombre y le interrogue después. Esto es una guerra. Y en una guerra uno dispara primero y habla más tarde.

Inspector William Shoemaker  
Departamento de Policía de Chicago, 1925

La única ley efectiva en Chicago es la de la violencia, impuesta por criminales y asesinos. La mala fama de Chicago se está extendiendo por todo el mundo y hace que los americanos que desean estar orgullosos de esa ciudad sientan vergüenza. Se ven obligados a disculparse por la segunda ciudad más grande de Estados Unidos y a explicar que es un sitio especial.

*Washington Post*, 1928

*Chicago, junio de 1928*

Miles de personas atestaban las calles, bloqueando el tráfico, incomunicando barrios enteros, con el grueso de la multitud agolpada en los locales de la funeraria Sbarbaro y Cía. en el 708 de la calle North Wells. La gente llenaba las calzadas y aceras que rodeaban el edificio, unos se alineaban en la ruta del cortejo, otros ocupaban las puertas de Monte Carmelo o trepaban a las farolas o colgaban de los aleros. Algunas familias disponían sillas en torno a las ventanas de los pisos altos. En el cielo, un negro zumbido de deudos brotaba como moho en los techos, coronando los actos.

Solo una mínima parte de ellos había conocido de verdad al muerto, un político de alto nivel con un historial de rumores que lo relacionaban con la mafia, que vestía trajes con bolsillos muy grandes hechos a medida para que cupiera el dinero en metálico con el que repartía en Navidades pavos y carbón a los pobres, incluidos los negros. Pero el entierro de un gánster suponía un espectáculo: miles en las calles; famosos y políticos; un desfile de flores y coches lujosos; un ataúd que costaba más que las casas de la mayoría de la gente; mafiosos que se matarían entre ellos cualquier otro día caminando codo con codo, respetando la tregua del día del entierro. Y eso convertía la ceremonia en un acontecimiento:

Chicago, ciudad agitada, dinamo, hogar del rascacielos y la fábrica que opera veinticuatro horas, solo se detenía por el entierro de un gánster.

Entre las multitudes que invadían las calles aquella mañana, un hombre se había convertido en una molestia especial al empujar a la gente para pasar lo más educadamente que podía... *Excuse, señora... Odio tener que fastidiar... Le importaría...* al avanzar todo lo recto que podía por el centro de la tela de araña, hacia la puerta principal de la funeraria del juez John Sbarbaro. La gente a la que apartaba al pasar le miraba extrañada preguntándose si tenía una invitación para la ceremonia. No parecía un gánster ni un político, y aunque tenía el buen aspecto de una estrella de cine, nadie le podía recordar de la pantalla del Uptown, o el Tivoli o el Norshore. Además, en realidad no iba vestido para un funeral, sino con un traje de verano de lino color crema, el cual, aunque un poco arrugado, era de un corte impecable.

El hombre, Dante Sanfelippo, tenía treinta y pocos años, estatura media y constitución esbelta, rasgos mediterráneos y mirada sobrecogedora. Llevaba un bolso de viaje de cuero colgado del hombro y tenía el aspecto cansado y confuso de un viajero que unas horas antes se había apeado del *Twentieth Century Limited* —el tren nocturno procedente de Nueva York— y hecho el trayecto hasta la parte norte entre la multitud después de una breve parada en el hotel Metropole.

Allá en Nueva York, Dante era traficante de ron, jugador, contrabandista de altos vueltos, chulo, arreglatado y una especie de enigma, un hombre con muchos conocidos y muy pocos amigos. Se había criado en Chicago, pero había huido de la ciudad seis años antes y hoy volvía por primera vez a su ciudad natal; una ciudad natal que Dante se había dado cuenta, en las pocas horas des-

de su regreso, de que para él ahora no era más que una ciudad fantasma.

Tras unos cuantos minutos más luchando entre la multitud, por fin llegó al cordón policial que se había formado alrededor de la manzana de casas donde estaba situada la Sbarbaro. Apretados contra las barreras había hordas de chicos callejeros, vagabundos que tenían todo el día para estar apostados en un sitio desde el que poder distinguir a los gánsteres legendarios cuyos nombres circulaban por la ciudad en suspiros y disparos; chicos para los que Capone, Moran, O'Banion o Genna eran una especie de reyes, los hombres más grandes, más atractivos que nunca habían brillado en sus barrios.

Dante los examinó un momento, luego se volvió para mirar por encima del cordón y quedó pasmado por lo que vio: un océano de flores azules extendidas por el suelo delante del edificio en tan gran número que ni un centímetro de asfalto resultaba visible. Toda una manzana de casas de la ciudad cubierta de coronas, guirnaldas y ramos de flores. La marea azul se abría camino entre las barandillas de las fachadas de las tiendas, se extendía más allá de las bocas de incendio, farolas, cubos de basura; lamía porches y paredes. Todas las flores que se podían conseguir en el estado de Illinois, dispuestas en miles de ofrendas que debían de haber costado miles de dólares encargar, traer y distribuir.

Dante soltó un silbido, impresionado, luego buscó algún camino entre las flores y al cabo de un momento lo localizó: una delgada hilera de adoquines que llevaba a los escalones delanteros de la funeraria, donde tres pistoleros con traje y expresión impasible hacían guardia. Dante soltó un suspiro y pasó por debajo del cordón, y la multitud soltó un grito ahogado; la gente suponía que era un intruso, un desquiciado, un hombre con tendencias suicidas.